

Lliçó de graduació de la promoció 2018

“Allá de las pirámides y los palacios”

Marina Picazo Gurina

Pertenezco a una generación que no celebraba la graduación en una ceremonia como la que nos ha reunido hoy aquí. De manera que no tengo recuerdos como los que hoy estáis construyendo para el futuro. Pero sí que fui una licenciada en Historia por la Universidad de Barcelona que quería dedicarse a la arqueología y he podido hacerlo durante más de 35 años. Mi campo ha sido el de la arqueología clásica, es decir, el estudio de la cultura material de la parte del mundo antiguo que adquirió el estatus de ‘clásica’ desde la perspectiva de la civilización occidental. Se centra, por tanto, en las culturas griega y romana, desde el siglo VIII a.C. hasta el siglo IV d.C.; es decir, el tiempo de las *poleis* griegas y de la ciudad de Roma y su imperio.

El título de mi charla pretende proponer una reflexión necesariamente breve sobre los grandes cambios que la disciplina arqueológica ha experimentado en estos años. Esos cambios han representado una revolución en la forma de interpretar la vida de muchas gentes que vivieron en el mundo clásico y que durante largo tiempo habían sido invisibles.

Como estoy utilizando mi propio recorrido biográfico como hilo conductor de esa reflexión empezaré con mi tesis doctoral. Tuve la suerte de poder estudiar un importante conjunto de vasos procedentes del Barrio del Cerámico de Atenas que habían aparecido durante las excavaciones en el asentamiento ibérico de Ullastret (Empordà) que, probablemente, fue la capital de los indiketetas, uno de los pueblos indígenas del NE peninsular mencionados en las fuentes antiguas. En la época en que trabajé en la tesis, la arqueología clásica se centraba todavía de forma prioritaria en la elaboración de tipologías de los artefactos procedentes de las colecciones de los museos y, en última instancia, de las excavaciones de los grandes yacimientos de la cuenca del Mediterráneo (es decir, de las ‘pirámides y palacios’ del título de esta charla). Para quienes nos iniciábamos en la década de los setenta en el estudio de la cerámica ática el nombre de referencia era Sir John Beazley quien, durante treinta años, publicó una serie de catálogos con la atribución de decenas de miles de vasos áticos a artistas, escuelas, talleres. Esos catálogos fueron mi Biblia durante años y me permitieron organizar, clasificar y fechar los miles de fragmentos de vasos áticos que habían sido comprados y usados, sobre todo para beber vino, por las familias indígenas. Es decir, hice aquello que parecía el objetivo fundamental de la disciplina: describir e ilustrar la cultura material lujosa que se ponía en relación con el ‘arte’ de Grecia y Roma. De hecho, la arqueología clásica, se situaba, incluso desde el punto de vista de la organización académica en las universidades, en la órbita general de los Estudios Clásicos, como una especie de subdisciplina encargada de la descripción de la cultura material que las fuentes escritas explicaban.

El contexto en el que se situaban ‘mis’ materiales era la relación de Ullastret con la cercana colonia griega de Empúries, es decir, los diversos procesos (comercio, encuentros

culturales entre sociedades, asimilación de tecnologías o pautas culturales) que se sintetizaban en la llamada colonización griega; es decir, el hecho de que, durante la primera mitad del primer milenio a.C. se produjo una movilización de personas, desde la cuenca del mar Egeo hacia otras regiones del Mediterráneo y del mar Negro. En ocasiones, los emigrantes se establecían en los nuevos territorios y creaban asentamientos permanentes, las colonias. La ‘colonización griega’ asociaba las relaciones comerciales y la fundación de asentamientos con el concepto de ‘helenización’: es decir, la idea dominante era que quienes se movilizaban en el Mediterráneo antiguo eran agentes activos de la expansión de la civilización griega en su conjunto, incluyendo, supuestamente, valores como la racionalidad o la democracia. El papel de los indígenas –en este caso, los grupos familiares que adquirirían y usaban los vasos áticos– era el de elementos pasivos que aceptaban las tecnologías, ideas y patrones culturales griegos, incluyendo la cerámica griega, porque su cultura, de forma global, era inferior. De alguna manera, esa premisa se encontraba en mi tesis también (ahora no lo estaría).

En el año 1975 se publicó el libro de Sarah Pomeroy, *Diosas, ramerías, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad Clásica*. Era el primer análisis que planteaba el estudio de las mujeres en la ciudad griega como cualquier otro tema de investigación académico serio. Hasta ese momento, las referencias a las mujeres griegas en la ciudad griega se habían limitado, de forma general, a detalles mínimos sobre la vida cotidiana. La arqueología clásica, como las disciplinas históricas en general, había sido tradicionalmente androcéntrica en la priorización de los temas y los métodos de estudio. En los años siguientes a la publicación, en diversas universidades americanas y europeas, se empezó a trabajar sobre las mujeres del mundo clásico con numerosos libros y artículos que todavía hoy configuran un campo de investigación muy activo, en parte porque las pioneras desarrollaron propuestas teóricas y metodologías críticas aplicadas al análisis de la cultura material y de las artes visuales que siguen siendo esenciales en la investigación arqueológica. Por otra parte, muchas de las mujeres que empezaron a desarrollar esta línea de trabajo eran, al mismo tiempo, activistas en la segunda oleada del feminismo moderno. En el caso de nuestro país, varias de las mujeres académicas que luego han investigado, publicado y enseñado en las universidades catalanas sobre temas de género y mujeres, estaban presentes en las Primeras Jornades Catalanes de la Dona, en junio de 1976, una reunión que representó la presentación del movimiento feminista en el contexto de las luchas antifranquistas.

Gradualmente se fueron introduciendo otros temas relacionados con el género y, por extensión, con el estudio de la dinámica social de la vida cotidiana en el mundo antiguo. Así, durante la década de los ochenta empezaron a aparecer trabajos relacionados con la sexualidad griega y romana, tema prácticamente marginado hasta ese momento de la investigación y de las aulas. Cursos sobre la sexualidad empezaron a ser ofrecidos en los programas de estudios clásicos y, al igual que en el caso de la historia y arqueología de las mujeres, las primeras personas en el mundo académico que iniciaron una revisión crítica y teórica de las representaciones culturales de la sexualidad en la cultura grecorromana eran hombres y mujeres que estaban también implicados en la lucha contra la discriminación y a favor de los derechos de las personas gais.

El próximo mes de marzo se inaugurará en el Museu d’Arqueologia de Barcelona una exposición dedicada a la arqueología de la infancia. Las dificultades para identificar en el registro material a niñas y niños, unidas a la tendencia general a marginar la importancia social de la infancia, les ha convertido en prácticamente invisibles en los estudios históricos. A pesar de ello, de nuevo, la arqueología de la infancia está emergiendo como

un nuevo y prometedor campo de investigación. De momento, os presento en la imagen de la izquierda a Quartulo, que fue un niño minero romano en Jaén que murió a los cuatro años, como se recoge en la inscripción de su estela funeraria, y a un niño africano, que fue esclavo en una casa aristocrática de Tarraco. Dos buenos ejemplos de niños como agentes activos en la sociedad.

Menciono estos campos de investigación porque son ejemplos de las temáticas que anteriormente eran prácticamente invisibles: la sexualidad, el cuerpo, la familia, la salud y el cuidado y la infancia. Los estudios sobre las mujeres y el género han propiciado la emergencia de otros grupos ignorados por la narrativa histórica clásica hasta una época relativamente reciente.

En ese sentido, cabe recordar también que durante largo tiempo la arqueología clásica mostró poco interés por los contextos domésticos, considerados espacios relativamente invariables y modestos, en comparación con la atención prestada a los monumentos públicos y funerarios (pirámides y palacios de nuevo). De hecho, la ‘arqueología del espacio doméstico’ en el mundo grecorromano ha empezado a desarrollarse relativamente tarde. Y, de nuevo, nos está permitiendo ampliar la perspectiva tradicional sobre la vida de las personas que vivieron en el mundo grecorromano. Parece cada vez más claro que en las ciudades griegas y romanas predominaban las unidades domésticas de tamaño medio y reducido, en muchas de las cuales se detecta la presencia de pequeños negocios, talleres y tiendas en estrecha relación a las áreas residenciales. Parece que en la mayor parte de los casos se trataría de empresas familiares en las que debían trabajar, probablemente en diferentes tipos de actividades, todos los miembros hábiles de la familia, hombres, mujeres e incluso niños y niñas. Esta evidencia nos ofrece un panorama que se aleja de la premisa tradicional de que en las casas tan solo se producía para el ámbito familiar y que existía una separación estricta entre las actividades de mantenimiento (femeninas) y los trabajos externos (masculinos). La producción de alimentos y la de tejidos, como productos de subsistencia y para obtener excedentes para el mercado, eran parte esencial de la economía antigua, y lo que muestra la arqueología de los espacios domésticos es que se realizaban en las casas, con formas de trabajo colectivo que implicaban grados de cooperación entre hombres y mujeres. Es decir, una de las escasas premisas sobre la presencia de las mujeres en la ciudad grecorromana, su reclusión en el espacio doméstico, parece superada por estos nuevos estudios sobre los espacios domésticos.

Se ha hecho mucho, pero queda mucho por hacer, a todos los niveles y, evidentemente, no solo en arqueología, y me temo que debéis ser conscientes de que ahora os toca a vosotros y vosotras. En ese sentido, tengo una petición específica. Podemos asumir que la investigación sobre el género, es decir, sobre la construcción social y cultural de los roles sexuales, parece haber sido aceptada en el contexto occidental y, específicamente, en sus universidades. Pero también conviene recordar que lo corriente es que la actitud de quienes trabajan en otros temas sea considerar el género como un tema ‘especializado’, como la numismática, que tan solo se transmite entre quienes trabajan en género. Esta tendencia ha retrasado la inclusión de los resultados de las investigaciones en el discurso dominante en las disciplinas. Y ha afectado también a la investigación sobre la masculinidad como construcción cultural. Puedo contar con los dedos de una mano (y me sobrarán), el número de alumnos que me han pedido trabajar en ese tema. El género no es solamente femenino y hacen falta estudios que se basen en la necesaria complementariedad entre las construcciones de género femenina y masculina. Esta

ausencia tiene diversas consecuencias, la más importante de las cuales es que el papel dominante de algunos hombres, miembros de las élites sociales (aquí intervienen de nuevo las pirámides y los palacios), sigue marcando el discurso histórico y arqueológico de las sociedades (y quizás no solo de las del pasado, me temo).